

Médicos del alma: 25 años de vocación

Por Laura B. Zaita Arjona
y Amalia Ramírez Rodríguez
Fotos: Ramón Barreras
Valdés

CORRÍA septiembre del año 2000, con las secuelas del período especial, con heridas abiertas que ponían en juego la estabilidad social y, en su conjunto, el proyecto revolucionario cubano. En medio de la compleja situación, marcada por la marginalidad y la desigualdad cultural, Fidel Castro Ruz inauguraba, en Cojímar, el primer curso de formación de Trabajadores Sociales, un proyecto destinado a convertirse en pilar fundamental de la transformación social en la isla.

Con un enfoque humanista y proactivo, el programa se estructuró con la misión prioritaria de trabajar por la igualdad de oportunidades, el desarrollo espiritual, la integración y la responsabilidad social, entendiendo el trabajo social como una labor profundamente comprometida con la transformación humana y comunitaria. Esta función, que va más allá de lo técnico, para ser también pedagógica y movilizadora, implica que estos profesionales, denominados por Fidel como «médicos del alma», diseñen estrategias, coordinen acciones y acompañen procesos con el objetivo de prevenir, sanar y empoderar a los ciudadanos desde el diagnóstico hasta la acción directa.

Este 10 de septiembre, al cumplirse 25 años de la iniciativa impulsada por el líder histórico de la Revolución, el oficio muestra una vigencia renovada ante los desafíos que abundan en el archipiélago.

En la provincia de Villa Clara, como en el resto de la isla, el accionar de este ejército humanista resulta una necesidad vital. A pesar de ello, el ejercicio de su labor encuentra algunas limitaciones. Según Maraike León Iglesias, jefa del departamento de Prevención, Asistencia y Trabajo Social, de la dirección provincial de Trabajo y Seguridad Social, aunque la plantilla esté en gran medida cubierta —con 1170 de 1517—, aún existen municipios como Ranchelo, Placetas, Caibarién, Manicaragua, Remedios y Camajuani, en que la presencia de estos trabajadores es insuficiente.

«La atención se focaliza en



Ana Esther García Álvarez y Yosel Valencia China comparten, desde hace varios años, la vocación por el trabajo social y la disposición a ayudar a las familias en situación de vulnerabilidad.

49 comunidades identificadas como vulnerables y en proceso de transformación, donde se interviene mediante acciones sociales y de infraestructura. Cada trabajador social debe atender a 120 familias en situación de vulnerabilidad por circunscripción, con un seguimiento personalizado y sistemático», continuó la jefa del departamento de Prevención, Asistencia y Trabajo Social.

Entre sus objetivos se encuentra, además, priorizar la atención a familias con integrantes en riesgo, vinculados con indisciplinas sociales o conductas delictivas.

Para llevar a cabo este empeño tan noble, y a la vez tan complejo, es necesario que el trabajador social posea cualidades individuales como la empatía, la confianza, el respeto, la solidaridad. «Muchos de los que hoy se dedican a esta tarea lo hacen desde la vocación y el amor hacia ella. Creo que es una labor que nace en uno, al igual que ese deseo de hacer por los demás, aun cuando no tengamos todo para ellos», afirmó Ana Esther García Álvarez, trabajadora social del municipio de Santo Domingo, con 20 años de experiencia.

Muchos se han enfrentado a casos complejos, como Yosel Valencia China. «Actualmente estoy atendiendo a personas mayores que no tienen vivienda y poseen bajos recursos, pero no existe capacidad para que ingresen al asilo». A pesar de esto, el

joven trabajador social se niega a abandonar esta misión, que sabe tan importante: «En mi trabajo no existen barreras, pues cada obstáculo me impulsa a seguir superándome y ayudando a quienes lo necesitan».

Numerosas familias y personas han encontrado ayuda a sus problemáticas gracias a la gestión de un trabajador social. Tal es el caso de Idalmis Rodríguez Garcés, una mujer de mediana edad que sufrió una amputación y tiene a su cargo a una joven discapacitada. «Mi experiencia con los trabajadores sociales ha sido buena. Se han ocupado de ayudarme desde que me realizaron la amputación y han estado pendientes de cualquier cosa que he necesitado. Ellos no tienen todo el tiempo del mundo para dedicarle a cada caso, ya que se encargan de muchos, pero a pesar de eso han estado muy pendientes».

Como «médicos del alma», su labor no se limita a la asistencia o gestión de bienes materiales, también están ahí para preguntar, apoyar, aconsejar. «En muchas ocasiones hay personas que se encuentran en estado de depresión y hay que saber cómo darles ánimo e intentar cambiar esa mentalidad por una más positiva», comentó Yosel.

«No pocos piensan que estamos solo para resolver el problema material, para dar un recurso, y no es así. Nuestra labor va más allá, y el primer paso es que re-

conozcan que tienen un problema para que nosotros podamos ayudarles a cambiarlo», explicó Ana Esther.

A pesar del compromiso y del sentido de pertenencia que distingue a los trabajadores sociales cubanos, no están exentos de otros desafíos que condicionan tanto la eficacia como el alcance de su intervención. Uno de ellos es la profesionalización.

Con el fin de superar tal obstáculo, se imparte, desde el presente año, la licenciatura en Trabajo Social, lo que permitió suprimir el antiguo técnico superior de esta especialidad. Según León Iglesias, existen trabajadores que se incorporan a la labor sin título profesional. No obstante, «ahora es requisito indispensable habilitarse por un período corto, y luego continuar la superación a través de la licenciatura, siempre y cuando haya culminado el 12.º grado».

Otra opción, aún vigente, es la formación como técnico medio de Trabajo Social, cuya captación inicia desde el 9.º grado. Sin embargo, este proceso presenta grandes deficiencias. León Iglesias explica que gran parte de los egresados no llegan a incorporarse al ejercicio profesional ni a completar su período de adiestramiento. «Esto se debe a que no existe una captación como tal, solo solicitan la carrera. Muchas veces resulta la última opción de estos estudiantes, por lo que no poseen una verdadera vocación por la profesión», aclaró la directiva.

En el artículo *Formación profesional del trabajador social de nivel medio superior. Una necesidad en la actualidad*, los investigadores Jesús Otamendi Campos, Leonardo Pérez Lemus y María de la Caridad González Martínez señalan que las carencias en la formación de los egresados del técnico medio limitan la calidad de los servicios que prestan. Entre estas limitaciones se encuentra la escasa articulación del currículo con las características del entorno, el reducido empleo de métodos de enseñanza activos y proactivos, la falta de sistematicidad en la colaboración con

agentes comunitarios y organizaciones y la insuficiente formación ética profesional, entre otras.

Asimismo, los propios trabajadores sociales son conscientes de otras barreras que aún deben enfrentar. Entre ellas destaca el poco respaldo comunitario y el limitado apoyo de las organizaciones de masas, una realidad que, en palabras de Yosel Valencia China, debe cambiar, pues «es un trabajo colectivo, y ayudar es tarea de todos».

Lídice Moya Lunar, trabajadora social de Manicaragua, señala que la escasa receptividad de ciertas comunidades constituye un obstáculo adicional. Esto guarda relación con otra problemática recurrente: el poco reconocimiento de su profesión. A diario, estos profesionales enfrentan los prejuicios que los califican como «quienes andan en la calle sin trabajar». «No es así. Los trabajadores sociales no descansamos. Es una tarea de mañana, tarde y noche; a toda hora y en todo momento», señala Ana Esther García Álvarez.

Otro factor que ha ocasionado el éxodo de estos trabajadores hacia otros sectores consiste en la remuneración económica. De acuerdo con Valencia China, el salario no siempre está acorde con las tareas que realizan. Sin embargo, reafirma la voluntad de sus compañeros para seguir adelante, «porque cuando a uno le gusta una profesión, el dinero se vuelve secundario. Lo importante es la gratificación que brinda nuestro trabajo al ser capaces de ayudar a los demás».

A un cuarto de siglo del surgimiento de los «médicos del alma», su legado palpita en cada gesto de cercanía y confianza que siembran en las comunidades. Con cada escucha atenta y cada mano tendida, tejen redes de esperanza que sanan heridas invisibles y despiertan el coraje de quienes creen haber perdido la voz. «Tenemos que seguir adelante, explicándoles a todos quiénes somos, y que somos capaces de lograr todo lo que nos proponemos, con el único placer de transformar vidas», concluyó Moyas Lunar.

